

AÑO VII.—Nos. 1 y 2—FEBRERO DE 1925

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTOR :

DR. EMILIO ROBLEDO

Agente General:

CARLOS A. MOLINA

Secretario de la Corporación.

CONTENIDO

	Páginas.
Francisco Ant ^o Orta, por <i>J. Restrepo Laverde</i>	1
Demetrio Viana, por <i>E. Gómez Barrientos</i>	8
A propósito de un poblador de Remedios, por <i>José María Restrepo Sáenz</i>	20
Los Noanamáes, por <i>Guillermo Hurtado</i>	23

IMPRENTA OFICIAL. MEDELLÍN
Director, Ricardo Jaramillo R.



D. DEMETRIO VIANA

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director : Dr. EMILIO ROBLEDO

Presidente de la Academia.

AGENTE : CARLOS A. MOLINA, SECRETARIO DE LA ACADEMIA

AÑO 7º || MEDELLÍN, FEBRERO DE 1925. || Nos. 1 y 2

FRANCISCO A.º ORTA

(Para MAURO HERNANDEZ)

Nuestros historiadores, en sus valiosos estudios, no se han detenido suficientemente con el fin de sacar de la penumbra todos los hechos que informan la vida meritoria del notable venezolano Dr. Francisco Antonio Orta: se han contentado con mencionar únicamente y de manera incidental algunos de ellos. De otro lado, la masa ignara contempla la personalidad de nuestro galeno, al través de tradiciones, a veces inverosímiles, que la desdibujan lamentablemente.

Teniendo en cuenta tales observaciones, y con el propósito de presentar hilados los datos relativos a la existencia de Orta, en distintas fuentes obtenidos, nos ponemos a la obra de labrar estos someros apuntes biográficos.

Es indiscutible que el Dr. Orta aportó su grano de arena al adelantamiento cultural de esta sección colombiana en que nos cupo en suerte nacer; fue—descartando al ilustre D. José Manuel Restrepo—el primer explorador de la Provincia de Antioquia con miras netamente científicas, y laboró, con provecho para la humanidad doliente, alternando con Blair, Jervis, Hernández

y Uribe Restrepo, en los días ya remotos en que la medicina apenas alboreaba en el centro de esta arrugada región mediterránea. Las circunstancias enumeradas, son singularmente enaltecidas y recomendables para el varón objeto de las presentes líneas y la posteridad debe considerarlas, en justicia, dignas de alabanza e imitación.

El niño Francisco Antonio Orta alentó por primera vez en la gentilísima ciudad de Santiago de León de Caracas, al final del siglo XVIII, en fecha y año que no hemos podido precisar. Sus progenitores respondían a los nombres de D. José Antonio Orta, de origen español, y D^a María Josefa Pérez, natural de Caracas. D. José Antonio era propietario de grandes haciendas en los ricos valles de Aragua, en donde cultivaba y beneficiaba el añil, el cual exportaba luego en grande escala para la metrópoli española. Habiendo sido Francisco Antonio hijo único, sus padres se esmeraron en darle una educación acorde con su rango elevado y con los no escasos bienes de fortuna de que felizmente disfrutaban. En consecuencia, aquél concurrió a las aulas de la Pontificia y Real Universidad de Caracas y bajo la dirección del Protomédico y Juez mayor, Dr. José Joaquín Hernández, hizo los cursos de medicina, hasta que obtuvo su grado en dicha ciencia, en el curso de los movidos días en que los ecos de las batallas libradas en la guerra magna, asordaban los ámbitos americanos con su poderoso estruendo. Después el recién graduado se dirigió a París, y en esa capital culta y sabia complementó sus conocimientos científicos.

D. Francisco Antonio Zea, debidamente autorizado por el Gobierno colombiano, contrató, a mediados de 1822, una expedición científica que debía venir a Bogotá a fundar un museo de historia natural y a formar ingenieros mineralogistas. Entre sus miembros se contaban Juan Bautista Boussingault, nacido en París, y Mariano Eduardo de Ribero, oriundo de Arequipa, en la República del Perú. Al volver a la Patria, el Dr. Orta, aficionado como era a los estudios de ciencias naturales, se enroló con viva satisfacción en el grupo en buena hora contratado por el insigne hijo de Medellín. Los viajeros arribaron a Venezuela en diciembre de 1822.

“Habiendo tenido el honor de acompañar a los Sres. Mariano de Ribero y J. B. Boussingault—dice Orta en el párrafo final de su “Discurso preliminar”—en su viaje

por la cadena oriental de los Andes, presencié todos los trabajos que ejecutaron sobre esta parte. Llamados por el Gobierno de Colombia para establecer en la capital de la República una Escuela de Minas y un Gabinete de Historia Natural, provistos de excelentes instrumentos y dotados de variedad de conocimientos, han hecho estos dos viajeros observaciones nuevas e importantes; como la determinación geognóstica y el nivelamiento barométrico desde la Guayra y Silla de Caracas, por todo el litoral de Venezuela, Sierra de Mérida y Andes de Pamplona y Cundinamarca hasta la altiplanicie de Bogotá; el descubrimiento de muchas meteoritas y entre ellas una de un peso considerable; los análisis curiosos de la leche singular del árbol de la vaca, de muchas fuentes termales que manan de la cordillera, de la sal de Urao y de las aguas del río Vinagre que descienden del volcán de Puracé; la determinación de la altura del barómetro al nivel del mar dentro de los trópicos, con las variaciones horarias de la presión atmosférica; sus investigaciones sobre los huesos de mastodontes del campo de los Gigantes en Cundinamarca; finalmente, su posterior viaje emprendido para perfeccionar el conocimiento geográfico de los países situados al oriente de Bogotá sobre el curso del Meta y los llanos de San Martín.”

Estas investigaciones y otras muchas, asienta el Dr. Orta en su aludido trabajo, le fueron transmitidas por aquellos expertos académicos para la redacción de una obra que pensaba escribir.

Un año permaneció el venezolano cuya vida relatamos en Bogotá, consagrado a sus labores predilectas.

En seguida, poseído del ansia investigadora, tomó el camino del Ecuador, de donde, habiendo recorrido antes el Cauca, pasó al Perú. En sus manuscritos consignó el Dr. Orta las observaciones científicas que practicara en el Cauca y en las dos Repúblicas australes.

Volvió Orta a Bogotá, con el propósito de regresar a su tierra natal. Hallándose en la capital, le insinúo D. José Manuel Restrepo la venida a la Provincia de Antioquia, como médico de varias de las familias más linajudas residentes en Medellín y Rionegro, por tiempo determinado y mediante la firma de un contrato. El Dr. Orta, deseoso de conocer y estudiar la naturaleza del territorio antioqueño, y con la mira de acrecentar en lo posible su bagaje científico, aceptó placentero la propuesta que le hiciera el historiador de la Revolución

de Colombia, y en tal virtud se comprometió por dos años a prestar sus servicios médicos, por medio del contrato en referencia.

Establecido en esta ciudad de Medellín, en asocio de D. Pedro Uribe Restrepo abrió una botica, y más tarde otra en la vecina ciudad de Rionegro. Por entonces ejerció su benéfica profesión en ambas ciudades con éxito para él y provecho para los enfermos.

Una vez terminado el tiempo de su contrato, Orta, con el designio de estudiar el territorio de la Provincia de Cartagena, se dirigió a la ciudad amurallada.

A su regreso, el Gobierno provincial le nombró médico del Hospital de San Juan de Dios. (1)

A Hugo Blair siguió Orta en el ejercicio de la medicina en Medellín (2). En diciembre de 1834, una mortífera epidemia de disentería azotaba a Medellín. Con ese motivo el Gobernador, D. Juan de Dios Aranzazu, estableció una Junta de Sanidad, compuesta por dicho funcionario, el párroco D. Francisco de P. Benítez, el Peronero D. Gregorio M. Urreta, D. Juan Carrasquilla, y los profesores Pedro Uribe Restrepo, Sinfioriano Hernández, William Jervis y Orta, Junta que "atendía con muy buena sindéresis y gran generosidad a la preservación de las enfermedades epidémicas que con frecuencia se presentaban" (3). Luégo escribió (por su iniciativa) con Uribe Restrepo el procedimiento curativo de la enfermedad y prestó buenos servicios médicos a los disentéricos.

En la nómina de los sujetos que contribuyeron con sus cuotas al sostenimiento de la cátedra de química y mineralogía (1837), figura el Dr. Orta; también ofreció su cooperación pecuniaria cuando en 1836 Inglaterra amenazó a Colombia, sin fundamento, con motivo de la cuestión suscitada en Panamá con el cónsul José Russel. (4)

En enero de 1838 responde a lista entre los alumnos de química, clase que dictaba el profesor Luciano Brugnely. En el año siguiente encontramos a Orta regentando la clase de filosofía en el Colegio de Antioquia, con veintiocho cursantes. Cuando el profesor Brugnely se

(1) Algunos de los informes anteriores nos los ha suministrado D. Aureliano Orta, hijo del biografiado.

(2) "La medicina en Antioquia". Uribe Angel, "Repertorio Colombiano", Bogotá, 1881.

(3) "La medicina en los Departamentos antioqueños". E. Robledo, páginas 18-19 del "Repertorio Histórico", año 6º.

(4) "Constitucional de Antioquia".

ausentaba de Medellín, en servicio oficial, lo reemplazaban en la cátedra de química los Dres. Orta y Simoriano Hernández. (1)

Después, en 1849, cuando el cólera amenazó la Provincia, el Dr. Orta asistió a la Junta provocada por el Gobernador Dr. Jorge Gutiérrez de Lara, y conceptuó que el flagelo no nos visitaría, cosa que, efectivamente, no acaeció. Más tarde, a fines de 1852 y principios de 53, en una terrible epidemia de disentería que entonces se desarrolló en Medellín, aportó el valioso contingente de sus luces y sus inteligentes recursos médicos. Por mayo de 1853, contemplamos a Orta en Amalfi, combatiendo la misma epidemia. (2)

En 1846, nombrado por el Gobernador de la Provincia Dr. Mariano Ospina, le correspondió intervenir en el reconocimiento médico-legal del Dr. José María Botero, reputado de maniático por muchos, en unión de los profesores Hugo Blair y Fausto Santamaría, los cuales se hicieron acompañar por sus colegas Sinforiano Hernández y Pedro Uribe Restrepo, y, después del correspondiente examen, verificado en el despacho del Jefe Político, de común acuerdo, lo creyeron atacado de la enfermedad llamada "Polimanía razonante intermitente".

Orta tenía la obsesión de escribir y publicar su obra, en la cual cifraba su única loable ambición, y con cuyo objeto recorrió de extremo a extremo casi la totalidad del variado territorio antioqueño, sin olvidar las regiones intrincadas, deletéreas y anegadizas, estudiando plantas y animales. Su aspiración laudable no había de realizarse! (3)

Enfermo, en parte, a consecuencia de sus frecuentes

(1) "La Universidad de Antioquia". Emilio Robledo, páginas 150-151.

(2) Nota del Jefe Político del cantón del Nordeste, R. A. Castriellón, publicada en "Gaceta Oficial de Medellín".

(3) Por los años de 1877 pensóse en editar toda la obra inédita del Dr. Orta, una vez obtenidas las suscripciones necesarias, empezando por la descripción de Antioquia, Bolívar y el Cauca. El ilustrado publicista Sr. Manuel Ancizar, en carta dirigida a D. Filemón Buitrago, director de *El Zipa*, semanario bogotano, le encargó la publicación del "Discurso preliminar sobre la región equinocecal de América". cosa que Buitrago hizo de buen grado, en los números 17 y siguientes de la mencionada publicación. Antes se publicó aquél en "La Libertad" de Medellín, número 7º. El fecundo y verídico historiador Dr. Pedro Mº Ibáñez alude también a la obra inédita del hijo de la ciudad de Avila, en sus admirables *Crónicas de Bogotá*, tomo IV, página 300.

viajes, sembrados de incomodidades, privaciones y peligros de todo linaje, se vio incapacitado para ejercer su profesión, se recluyó en el hogar, rodeado de sus libros e instrumentos, y se concretó por largo tiempo a la redacción de su obra sobre la región equinoccial de América. (1)

El Dr. Orta, al fin murió hipocondríaco, en la noche del 10 al 11 de abril del año de 1865, en esta ciudad—donde muchos años antes fundara su hogar, uniéndose en matrimonio con la hacendosa Srita. María Milagros Facio Lince, con la cual tuvo larga descendencia—en su casa baja de la Carrera de Bolívar, marcada entonces con el número 63 y en la actualidad con el 223, de dos pisos hoy y propiedad de D. Ramón Uribe Santamaría.

Dos periódicos de índole particular se publicaban a la sazón en Medellín: *El Índice*, liberal, y *La Restauración*, conservador. Dice el primero al dar cuenta de la muerte del Dr. Orta:

“Su inteligencia se conservaba despejada, sus concepciones y pensamientos tenían cerca de la tumba la misma grandeza y honradez con que brillaban cuando el ilustre médico, lleno de vida y de salud, desafiaba a la muerte, confiado en sus fuerzas físicas, en su organización privilegiada”; en otra época—agrega—fue el primer profesor de medicina de esta capital; los años, las dolencias, sufrimientos y decepciones, le hicieron abandonar la profesión (2). El escritor de *La Restauración* afirma que Orta se aisló del trato humano; que en la guerra magna prestó sus servicios como médico (3), que murió pobre y abandonado y unos pocos amigos presenciaron sus exequias. (4)

Tal fue el triste epílogo de la jornada humana, llena de altibajos, de quien el Dr. Camilo A. Echeverri, mente luminosa y pluma originalísima, dijo que “era un gran filósofo y un profundo sabio”.

Veamos la traza y arreos del Dr. Orta, cuando en cierta ocasión, siendo niño Camilo A. Echeverri, encontró con él de manos a boca en la plazuela de San Lorenzo, ahora de San José, y por creerlo loco apeló a la carrera:

(1) Carta de D. Lázaro F. Lince al Dr. M. Ancizar, por éste citada, en la que en 1878 dirigió al director de “El Zipa”.

(2) *El Índice*, número 3.

(3) Alguien nos ha informado que en Venezuela fue médico del Ejército del General Soublette, dato que no hemos podido confirmar.

(4) *La Restauración*, número 37.

“Sombrero de felpa (que no de pelo), levita y pantalón y corbata negros y viejos, zapatos viejos de cordobán, chaleco gris y un pañuelo de trapo que se asomaba por entre el cuerpo del chaleco y la pechera de una camisa vieja. Llevaba un lápiz en una mano y papel en la otra. Andaba a un paso irregular, ya lento, ya precipitado; abría los brazos, ya alternativa, ya simultáneamente y movía la cabeza a lado y lado como con mal (danza) de San Vito; parecía que todas las articulaciones le dolieran según andaban de desencajadas.....; pero ¡qué ojos! eran color de uva pero medio garzos: eran ojos de pavo. Eran ojos que al verlos de paso parecía que como que andaban persiguiendo a un mosquito para ver qué hacía y en qué punto se paraba. Aquella mirada era una lezna.” (1)

Cuenta la tradición que Orta estaba en su pieza de la Universidad de Caracas el jueves santo, 26 de marzo de 1812, día de trágico recuerdo en los anales de Venezuela, y leía en un texto de historia. Eran las cuatro y siete minutos de la tarde, y los estudiantes se preparaban para concurrir en comunidad a la solemne procesión usual en ese día, en los momentos en que se verificó el pavoroso y desolador fenómeno sísmico que casi destruyó a la ciudad del Guaire. Desplomóse una de las paredes de la pieza en que se hallaba el azorado joven; el Rector, con loable previsión, detuvo a los que aún no habían salido del edificio; más, desventuradamente, cuantos habían puesto los pies en la calle fueron aplastados por los escombros. Orta, desde entonces, padeció enfermedad mental que le atacaba por tiempos. Le impresionó tan vivamente el siniestro que a veces, en sus períodos de insania, ponía el oído contra el suelo con el objeto de percibir la aproximación de los temblores de tierra y premunirse en tiempo de sus efectos.

De aquel siniestro espantoso, según se colige, le provino al Dr. Orta el descabalamiento que en ocasiones se advertía en su razón. (2)

J. RESTREPO LAVERDE

(1) “La Legión”, número 16, de 21 de abril de 1883. Artículo intitulado “El Dr. Francisco Orta”.

(2) No está fuera de lugar anotar que Boussingault hace subir de 9,000 a 10,000 el número de víctimas del terremoto del 26 de marzo de 1812 en Caracas, de las cuales perecieron bajo las ruinas de los templos de 3,000 a 4,000. “Las sacudidas subterráneas de los Andes”, traducción publicada en “La Nación”, de Bogotá, 1887.